

# José de la Riva Agüero y Felipe Sassone: dos pensadores sociales y el fascismo en el Perú

Recibido: 08/06/2020  
Aprobado: 15/09/2020

**OSMAR GONZALES ALVARADO**  
Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
osm20091959@hotmail.com  
<https://orcid.org/0000-0003-4749-1460>

## RESUMEN

En el primer tercio del siglo XX, los sectores conservadores tenían participación en el debate intelectual sobre cómo pensar el país. Una de las propuestas que terminó calando en ellos fue la del fascismo, la ideología totalitaria proveniente de la Europa de entreguerras. Este artículo analiza la trayectoria y el pensamiento de dos importantes académicos de la época seducidos por el fascismo: el historiador José de la Riva Agüero y el dramaturgo Felipe Sassone. Explica también cómo influenciaba en ellos la lejanía —física y/o mental— con el país, pensar un Perú que les resultaba extraño, y desde una propuesta visiblemente exterior a la realidad nacional y a las dinámicas sociales que se venían dando en la década del 30. Son dos formas de pensar el fascismo que terminan revelando la incapacidad de un sector intelectual de comprender el país, y finalmente excluirse del debate político.

**Palabras clave:** fascismo; intelectuales; conservadores; realidad nacional.

## José de la Riva Agüero and Felipe Sassone: Two social thinkers and Fascism in Peru

### ABSTRACT

During the first third of the 20th century, the conservative sectors were involved in the intellectual discussion of national affairs. Among different ideas, these sectors came to embrace Fascism, the totalitarian ideology from the interwar period in Europe. This article analyzes the career and thoughts of two prominent scholars from the era who were seduced by Fascism: historian José de la Riva Agüero and playwright Felipe Sassone. It also examines the significance of the distance —physical and/or mental— from their country, to think of a Peru that seemed alien to them, and doing so from a visibly foreign perspective to the national reality and social dynamics in the 1930s. At the end, these two ways of conceiving Fascism revealed the intellectual inability from a sector to understand their country, and led to their exclusion from the political debate.

**Keywords:** Fascism; intellectuals; conservatives; national reality.

Aunque los sectores conservadores quisieran olvidarlo, el fascismo sedujo a algunos de sus más importantes intelectuales, especialmente en la década del 30 del siglo pasado. En estas páginas se analiza a dos personajes peruanos notables: un historiador y un dramaturgo, quienes encontraron en las ideas fascistas un proyecto ideológico, intelectual y espiritual, y que creían que era posible trasladarlo a la realidad peruana. Su fracaso ocasionaría una profunda decepción no solo en los intelectuales fascistas, sino también en su propia clase social.

José de la Riva Agüero y Felipe Sassone son dos pensadores sociales peruanos de inicios del siglo XX. Pertenecen a la generación del 900, es decir, aquella que fue marcada por los estragos dejados por la derrota en la guerra de 1879, por las guerras civiles —primero entre iglesistas y caceristas (1884-1885) y luego entre caceristas y pierolistas (las montoneras de 1894-1895)—, por la importante recuperación económica que experimentó el país hacia fines del siglo XIX, y por el inicio de una relativa estabilidad política (rota en 1914 con el primer golpe de Estado del siglo XX). Todo ello dentro de un ambiente optimista (generalmente desproporcionado) propio de la bella época, reflejo de la experiencia europea previa a la llamada Gran Guerra (1914-1918).

Más allá de las diferencias en las trayectorias biográficas y procesos intelectuales respectivos, Riva Agüero y Sassone coincidieron en un aspecto crucial, que es el que analizamos en estas páginas: enarbolar el ideario fascista en los años 30, es decir, cuando frisaban entre los 45 y 55 años de edad. El marqués llegó a él mientras vivía en Europa y luego de un proceso personal de desilusión que lo llevó a abandonar —incluso denostar— sus convicciones juveniles. Por su lado, Sassone derivó en el fascismo por un proceso contrario al de su compañero generacional, es decir, por experimentar un momento promisorio y de éxito en su carrera como dramaturgo en España.

A continuación, se presentan breves referencias biográficas de Riva Agüero y Sassone que nos permitan tener una mínima información acerca de la ruta que cada uno siguió hasta su encuentro con el fascismo; luego, se analizan sus ideas contextualizándolas en el momento político respectivo y se ofrecen algunas reflexiones manera de conclusiones. El propósito es ubicarlos —según la clasificación que propone Lewis A. Coser de los sujetos de ideas— entre los intelectuales que buscan la salvación en el extranjero, pero tratando de adaptar la tipificación a los casos específicos que son motivo de estas páginas para, en lo posible, enriquecerla.

## Los intelectuales y “la salvación en el extranjero”

En efecto, Coser (1966) propone en su clasificación de los intelectuales que se relacionan con “la central del poder” a: los que toman directamente el poder; los que buscan socavarlo desde adentro; los que lo legitiman en tanto ideólogos; los que ejercen la crítica y, finalmente, los que buscan la salvación en el extranjero, es decir, los que se aferran a modelos (históricos o contemporáneos) implementados en otros países y que consideran pueden ser replicados en el suyo propio. Esto supone que el intelectual encuentra en otras experiencias lo que falta en su propia realidad. Este aferramiento a experiencias extrañas se puede explicar por diversos desencantos y como producto de varias circunstancias: el fracaso de sus expectativas, que también pueden ser políticas; la derrota de su protagonismo como líder ideológico o cultural; el quiebre de lo que había representado como su mundo. Todo esto se expresa con claridad en el caso de Riva Agüero.

Es necesario hacer la atingencia que buscar la salvación en el extranjero no requiere que el intelectual esté ausente físicamente de su país, pues aun viviendo en él puede encontrar su seguridad en otras realidades. Se trata de una postura mental, intelectual y espiritual, mas no de una ubicación física. Sin embargo, como podremos ver en el caso de Sassone, esta búsqueda salvadora no se hace presente en él por los fracasos, al menos personales, sino por los éxitos cosechados en el extranjero, específicamente en España: por el prestigio que iba alcanzando gracias a su obra dramaturgica; a las redes culturales que fue tejiendo con talento, y a sus vinculaciones cercanas con el poder político. En otras palabras, Sassone busca la salvación viviendo en el extranjero no por un desencanto personal, sino por tener una postura crítica frente a lo que observaba en su propio país y por el optimismo que le despierta el proyecto fascista. Este “contracaso” nos es útil no para desechar la taxonomía coseriana, sino para ampliarla.

El fascismo tuvo en el Perú muchos adherentes, aparte de José de la Riva Agüero y Felipe Sassone, como Luis A. Flores, Guillermo Hoyos Osore, Carlos Miró Quesada Laos, Luis Humberto Delgado, Raúl Ferrero Rebagliati, Guillermo Lohmann Villena, Pedro M. Benvenuto Murrieta, José Fiansón, Roberto Mac Lean Estenós, Alfonso Tealdo Simi, Aurelio Miró Quesada Sosa, Cristóbal Losada y Puga, Carlos Pareja y Paz Soldán, Mario Alzamora, César Arróspide, J. Ismael Bielich, Jorge del Busto, Eulogio Romero Romaña, entre otros. Sin contar a miembros de las colonias

italiana, española y alemana. Recordemos que es el tiempo del anticomunismo, de la influencia del catolicismo más dogmático, del nacionalismo a ultranza y conservador. Y también de enfrentamientos violentos entre republicanos y fascistas, como en España, lo que motivó adhesiones fanáticas, incluso en el Perú:

La falange española, extendida aquí gracias a la prédica ferviente de peruanos como Felipe Sassone y a las frecuentes delegaciones llegadas desde la península, encontró en los colegios de religiosos españoles —especialmente en La Inmaculada—, en los claustros de la Universidad Católica y en los ambientes de la Acción Católica un clima propicio para el sembrío fascista. Las delegaciones españolas (Ramón de Rato, Eugenio Montes, etc.) eran recibidas y agasajadas en Lima por Riva Agüero, Antonio Pinilla Rambaud, Oswaldo Hoyos Osore, Manuel Mujica Gallo, Aurelio Miró Quesada, Oscar Miró Quesada, Froylán Miranda Nieto, José Carlos Llosa G.P., José Torres de Vidaurre, Guillermo Lohmann Villena, Honorio Delgado, Guillermo Hoyos Osore, Raúl y Rómulo Ferrero Rebagliati, Ramón Aspillaga, Aurelio García Sayán, Fernán Moncloa, Luis Picasso Rodríguez, Alberto Wagner de Reyna, etc. Entre los propagandistas españoles sobresale el P. Lebrún, un jesuita que actuaba desde el Colegio de la Inmaculada con el apoyo de monseñor Pedro Pascual Farfán, arzobispo de Lima, y de monseñor Cento, nuncio del Vaticano. Por el mencionado trabajo de Pinto sabemos que también la colonia alemana tenía aquí una agrupación nazi que presidía Carl Dederling, cónsul alemán, y que contaba con la ayuda propagandística de Edith Fauppel, representante en el Perú del Instituto de Cultura Latinoamericana de Berlín y Hamburgo (López Soria, 1981).

El fascismo era lo que la derecha europea necesitaba para combatir el espíritu revolucionario proletario de la primera posguerra. Desde que en 1922 Mussolini tomara el poder como líder o guía del Partido Nacional Fascista (después convertido en Partido Fascista Republicano), apoyado especialmente por la clase media y por la alta burguesía que temía una revolución proletaria, exaltó un pensamiento básico sostenido en la difusión de la italianidad, en un nacionalismo expansivo y en el anti-comunismo. José Carlos Mariátegui (1925), que observó de cerca los inicios del fascismo, describe con precisión su papel anti-revolucionario:

En Italia, la reacción nos ofrece su experimento máximo y su máximo espectáculo. El fascismo italiano representa, plenamente, la anti-revolución o, como se prefiera llamarla, la contra-revolución. La ofensiva fascista se explica, y se cumple, en Italia, como una consecuencia de una retirada o una derrota revolucionaria. El régimen fascista no se ha incubado en un casino. Se ha plasmado

en el seno de una generación y se ha nutrido de las pasiones y de la sangre de una espesa capa social. Ha tenido, cual animador, cual caudillo, a un hombre del pueblo, intuitivo, agudo, vibrante, ejercitado en el dominio y en el comando y en la seducción de la muchedumbre, nacido para la polémica y para el combate y que, excluido de las filas socialistas, ha querido ser el *condottiere*, rencoroso e implacable, del anti-socialismo y ha marchado a la cabeza de la anti-revolución con la misma exaltación guerrera con que le habría gustado marchar a la cabeza de la revolución. El régimen fascista, finalmente, ha sustituido, en Italia, a un régimen parlamentario y democrático mucho más evolucionado y efectivo, que el asaz embrionario y ficticio liquidado, o simplemente interrumpido, en España, por el general Primo de Rivera. En la historia del fascismo, en suma, se siente latir activa, compacta y beligerante, la totalidad de las premisas y de los factores históricos y románticos, materiales y espirituales de una anti-revolución. El fascismo se formó en un ambiente de inminencia revolucionaria —ambiente de agitación, de violencia, de demagogia y de delirio— creado física y moralmente por la guerra, alimentado por la crisis post-bélica, excitado por la revolución rusa. En este ambiente tempestuoso, cargado de electricidad y de tragedia, se templaron sus nervios y sus bastones, y de este ambiente recibió la fuerza, la exaltación y el espíritu. El fascismo, por el concurso de estos varios elementos, es un movimiento, una corriente, un proselitismo.

Lo curioso, y que debe ser estudiado con mayor detenimiento, es cómo y por qué el fascismo sedujo no solo a la derecha más extrema o a masas mestizas y pobres, sino también a intelectuales que en un momento se habían ubicado en una franja progresista —como Dora Mayer— o decididamente socialista —como Abelardo Solís—, que socialmente no provenían de los sectores privilegiados y tenían un bagaje cultural considerable. ¿Qué fibras tan sensibles e invisibles llegó a tocar en pensadores como los mencionados, además de los señalados líneas más arriba —pertenecientes a las élites—, para que abrazaran, aunque sea de manera transitoria, el proyecto fascista. Cada caso personal revela una trayectoria especial y específica, pero quizás sea posible tratar de descubrir procesos intelectuales, ideológicos y espirituales más generales en algunos casos ejemplares. Los de José de la Riva Agüero y Felipe Sassone no son casos necesariamente representativos de toda la élite intelectual, pero algún camino ayuda a trazar y nos permite descubrir ciertos elementos de comprensión. Desde esa óptica acerquémonos a sus peculiaridades para entender a aquellos intelectuales peruanos que en algún momento no tuvieron pudor en identificarse como fascistas.

## Las biografías y las ideas

### *José de la Riva Agüero (1886-1944)*

Conocer brevemente las biografías de Riva Agüero y Sassone es un punto de partida imprescindible para entender su adopción de las ideas fascistas. Empezamos con la ruta del marqués, quien vivió en el Perú la mayor parte de su vida, salvo nueve años en los que debió partir al exilio durante el oncenio leguista y algunos viajes de carácter personal y voluntario. Los años en los que Riva Agüero pasó en Europa como transterrado ejercieron un profundo impacto en su forma de observar y comprender el mundo y su propio país. La tristeza de la lejanía obligada fue cubierta por la decepción. Sus ánimos reformistas de inicios del siglo XX, su talante inconforme que lo llevaba a proponer cambios y reformas, su mirada crítica al pasado —incluso de sus propios antecesores— quedarían atrás, como mácula que debía expiar; excesos de joven irreflexivo.

Al respecto, es sumamente elocuente y definitivo el discurso que pronunció en su colegio de La Recoleta el 24 de setiembre de 1932, es decir, dos años después de su regreso al Perú, siendo alcalde de Lima y en pleno gobierno del militar Luis Miguel Sánchez Cerro, que había derrotado al aprismo militarmente ese mismo año en las ruinas de Chan Chan. El discurso de Riva Agüero es un símbolo de cómo buena parte de los círculos superiores renuncian a reformar el país y se cubren en las cortas expectativas de clase. Es una confidencia pública de incomprensión y fracaso al mismo tiempo. En “Profesión de fe y retractación de errores”, Riva Agüero comienza reconociendo la “recuperación” que ha hecho de los principios inculcados en las aulas escolares: “En estos sugestivos claustros, testigos de mi niñez y adolescencia, viene mi madurez a renovar su consciente, razonada y pública adhesión a las tradicionales doctrinas que me educaron y que me son doblemente preciosas, por haberlas recuperado en larga y dura brega, tras de haberlas perdido. Beneficio inestimable, no concedido a todos” (Riva Agüero 1932, 371).

Su proceso personal supone, y con razón, un caso de ejemplaridad para otros que se desviaron —cuando jóvenes— del camino correcto, puesto “que la ejemplaridad depende, más que de la calidad de los sujetos, de lo característico del trance”. Así, reniega de sus lecturas nietzscheanas, del anticristianismo y el antiascetismo que conllevaron, del “estrecho evolucionismo positivista”, de la “razón infatuada” y en general de todos sus aprendizajes de su

época juvenil. Schopenhauer, Spencer, Renan, France, Sainte-Beuve y otros, son rechazados en un acto que no solo es intelectual sino también moral, pues debido a esos autores impíos prevaricaría —afirma el marqués— contra el catolicismo y el espiritualismo. Por ello, reconoce, como si estuviera en un confesionario, que sus ideas y escritos de entonces, de “irreflexiva edad”, “... hoy querría condenar a perpetuo olvido, y borrar y cancelar aun a costa de mi sangre”. Desprecia al materialismo filosófico por conllevar al “más crudo ateísmo” y de esta manera puede articular su recuperada fe católica con su conservadurismo político:

En el silencio del alma, sonó el momento de la definitiva rendición, que es el de la victoria suprema. Tal es a grandes rasgos la historia de mi conversión intelectual, semejante a tantas otras aquí y en todos los siglos y países, y que podría calificarse de vulgar, si cupiera vulgaridad en las obras y caminos sobrenaturales. Ha sido —y tratándose de mi caso, apenas es menester probarlo—, enteramente desinteresada. Demostrarían nuevamente su consabida ceguera e injusticia los adversarios doctrinales que la atribuyeran a mi ya antiguo conservadurismo político [...]. Mas al purificarme de éstos, para nada he tenido en cuenta las contingencias del mundo y los motivos profanos. Procuró no unir las esferas de la política y la religión, sino en cuanto su propia naturaleza y mutua relación lo demandan y la Iglesia lo exige. Muy cierto es que la enseñanza y misión históricas del catolicismo, y sus indeclinables consecuencias, componen una apologética especial y poderosísima, de irrefragable persuasión; pero no he mirado a ella exclusivamente, y de modo predominante mi convicción ha provenido de rumbos más serenos e individuales. Acostumbrado estoy, en cualquier campo, a atender de preferencia a las ideas y los sentimientos, y a desdeñar los mudables intereses (Riva Agüero 1932, 378).

El discurso reseñado es una pieza de antología de aquellos intelectuales abatidos que han perdido el optimismo y toda expectativa por el futuro. Riva Agüero prefiere cobijarse en el pasado, en la religión y en un momento idealizado. No encuentra nada digno de ser conservado, y es lo que explica la auto-definición con la que se presenta ante Luis Alberto Sánchez — “Conservador, no; reaccionario, sí” —, en carta inusualmente personal (Sánchez 1985). En ese proceso, Riva Agüero dejó de estudiar al Perú como lo había hecho en sus primeros trabajos, en sus tesis brillantes como *Carácter de la literatura en el Perú independiente* (1905) y *La historia en el Perú* (1910), así como en su excepcional *Paisaje peruanos*, producto de su recorrido por el Perú en 1912, en el que une con su prosa castiza la historia y la geografía, aunque olvidando a los peruanos, especialmente indígenas, del presente. Pero aun así, estas obras

escritas entre los 20 y 27 años de edad, traslucen a un joven intelectual que desea fervientemente cambiar el porvenir del Perú.

Los sucesivos fracasos, especialmente políticos, y la posterior salida del país obligado por las circunstancias ya señaladas, hicieron del marqués un intelectual en el que el tema peruano —con ese impulso renovador y totalizador juvenil— fue perdiendo su atención preferente. Como reacción, se dedicó a recuperar “el bien perdido”<sup>1</sup> o a extraviarse en el discurso histórico.

Riva Agüero regresaría en 1930 a un país que no era el que consideraba suyo. El oncenio leguista lo había transformado (y modernizado), para bien o para mal. Los señores ya no eran el ejemplo de decencia y prudencia que él imaginó que alguna vez habían encarnado. El pueblo, la masa, la plebe, había incursionado en espacios y actividades que durante el pasado le habían sido vetados: la calle y la política. Los partidos dejaban de ser receptáculos de la aristocracia de la inteligencia para dar cabida a los hombres de negocios, rudos y pragmáticos. Además, ya habían surgido los partidos radicales, revolucionarios, cuestionadores del orden y —en su perspectiva— portadores de ideologías extrañas. Los supuestos valores de la bella época que culminaba cuando debió partir al exilio ya eran parte del recuerdo cuando pudo retornar al Perú. No debe ser difícil imaginarse su desconcierto, las certezas —pocas, pero acendradas— carecían de sustento en la realidad.

Quizás sea necesario remarcar el elemento personal: Riva Agüero había sido líder de un partido político de intelectuales, el Partido Nacional Democrático, que aspiraba a transformar la vida política peruana. El poder no estaba ausente en su horizonte de vida; su gran amigo de la infancia y que residía en Francia desde 1906, Francisco García Calderón —otro formidable intelectual—, lo incentivaba a tomar un puesto más activo en la política nacional, incluso confesándole su admiración y expresando su certidumbre de que sería, inevitablemente, en algún momento, presidente del Perú. El golpe de realidad a su regreso lo dejaría en claro: Riva Agüero ya no era un personaje central de la vida pública del país.

De esta manera, el marqués hubo de buscar nuevos anclajes, otros argumentos, diferentes espacios de participación. Es en ese momento de dudas y tribulaciones que abraza el fascismo. Ya había tomado conocimiento de él en Europa —en Italia específicamente—, en donde se reencontró alguna vez con su adversario de los primeros años del siglo pasado: José Carlos Mariátegui. En

1 Tomo el término utilizado por Max Hernández (1993) en su estudio sobre Garcilaso.



su exilio europeo, Riva Agüero admiraría a Mussolini y se sentiría seducido por sus ideas y por la atracción masiva que concitaba, pero sobre todo por su autoridad y capacidad de mantener el orden, valor que se convertiría en fundamental en el Riva Agüero desencantado.

No se trataba, pues, solo de una identificación intelectual, de una inquietud académica; había mucho de empatía sentimental y de afinidad ideológica. Asimismo, observó casi con pavor la guerra civil española en la que los republicanos buscaban acabar con la vieja España. Obviamente, Riva Agüero se puso del lado del fascismo de Franco, es decir, de la tradición, del orden, aun cuando este pudiera producir injusticias: “Prefiero la injusticia al desorden”, solía repetir el intelectual limeño. Y desorden lamentablemente para él es lo que encontraría en el Perú de los años 30 con un APRA sublevada, y un comunismo que agitaba las banderas de la revolución proletaria. El liberalismo que alguna vez pretendió representar (en 1914 le diría a Víctor Andrés Belaunde, luego de escuchar su gran discurso, “La crisis presente”, que este sería la base para la construcción del verdadero partido liberal en el Perú) cedía paso a sus convicciones autoritario-fascistas.

El fascismo aristocrático —así calificado como aristocrático por José Ignacio López Soria (1981)— sería representado por Riva Agüero de la manera como Coser describiría a los intelectuales que buscan la salvación en el extranjero. Y sería sumamente activo a su retorno al Perú. En efecto, en 1936 fundaría el partido político declaradamente de derecha, Acuerdo Patriótico, con el propósito de apoyar la candidatura de Manuel Vicente Villarán; en 1939 sería uno de los principales impulsores a favor de la campaña de la Falange Española en el Perú; se manifestaría partidario del general Franco porque, decía, encarnaba sus ideales; y, finalmente, propondría “...la instauración corporativo y nacional-católico inspirado en la Italia de Mussolini...” (Villarías Robles 1998, 41-42). Complementariamente, Riva Agüero alertaba del peligro que corría “nuestra raza” debido al avance marxista, al mismo tiempo que desvalorizaba a la democracia porque, en su opinión, niega el pasado. Como recuerda Nadia López Soncco (2016):

Riva Agüero, piensa, al igual que muchos españoles nacionalistas [...] que la democracia “que todo lo espera del sufragio mentiroso o de la volandera y frívola opinión de un día” [...] es la negación del pasado. Más adelante dirá que los hispanoamericanos vivimos y padecemos la República a la que suelen llamarla “burguesa y conservadora” cuando en realidad está invadida por la demagogia de los socialistas.

Las ideas centrales de Riva Agüero son claras: raza, pasado, tradición, catolicismo, autoritarismo, patria, monarquismo.

### *Las razones fascistas de Riva Agüero*

¿Había las condiciones en el Perú para que el proyecto fascista fructificara? Aparentemente, sí las había. El APRA había sido derrotado electoral y militarmente, entre 1931 y 1932, por Sánchez Cerro, quien proponía salvar al Perú de la subversión y establecer un gobierno del orden. Riva Agüero aceptaría ser su presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Justicia, Instrucción y Culto. Sin embargo, apoyar o no a Sánchez Cerro no fue una decisión sencilla para el marqués. El militar estaba muy lejos de expresar a la aristocracia de la inteligencia y a la política honorable que demandaba Riva Agüero; además, no pertenecía a la élite económica ni política y era mestizo, es decir, estaba muy distante del prototipo del oligarca poderoso, del señor encopetado, pero contaba a su favor el haber derrotado al peligro aprista y el de asegurar el orden.

Víctor Andrés Belaunde también fue tentado para participar en el gobierno de Sánchez Cerro, pero en carta al marqués le explica que en la disyuntiva de elegir a la locura (el APRA) o al loco (Sánchez Cerro) preferiría mantenerse al margen y colocarse en una posición de independiente. Riva Agüero sería más audaz y pondría todo su prestigio a favor del coronel del ejército, aunque no sin antes meditarlo mucho. Quizás las diferentes tomas de posición nos indiquen el nivel de decepción que cada uno portaba. Belaunde, al mantenerse al margen del gobierno, exhibía un mayor optimismo reformista que su compañero generacional, al mismo tiempo que no se mostraba atraído por las ideas fascistas.

Asesinado el presidente-militar en 1933 a manos de un militante aprista, Luis A. Flores fundaría la Unión Revolucionaria (UR), con camisas negras, sí, pero con rostros mestizos; un fascismo criollo-popular, muy distinto de las falanges romanas pero igualmente fanáticas. Las masas, al menos una parte de ellas, habían apoyado a Sánchez Cerro y marcharían tras la bandera del fascismo. Tirso Molinari Morales (2009) sostiene que al caudillismo y espontaneidad característicos de Sánchez Cerro seguiría, luego de su muerte, un movimiento organizado que sería conducido por Flores, atrayendo a importantes contingentes populares, pero fracasando en el intento de incorporar a miembros de las élites a su proyecto político. Aun así, la UR participa-

ría en las elecciones generales de 1936, pero sin mayor suceso. El gobierno solapadamente pro-italiano (es decir, profascista) de otro militar, Óscar R. Benavides, quien impuso un ejercicio del poder dictatorial y anticomunista, fue una dictadura sin más; expresiva de un patriotismo de charreteras y sable (Molinari Morales 2017). Con este otro soldado en la conducción del Estado, la aristocracia de la inteligencia se vería nuevamente desplazada y alejada de sus sueños de dirigir al país con sabiduría y honorabilidad. Pero a pesar de todas estas circunstancias, Riva Agüero también le expresaría su apoyo.

En 1937 el aristócrata limeño publicaría en la *Revista de la Universidad Católica del Perú* el artículo “Origen, desarrollo e influencia del Fascismo” (que sería el prólogo al libro de Carlos Miró Quesada, *Intorno agli Scritti e Discorsi di Mussolini*, publicado en Italia, y que era un elogio desmesurado a Mussolini y al fascismo), y como era costumbre en él, con un conocimiento de la historia (esta vez de Italia), profuso en referencias a escritores y pensadores, y escrito con un lenguaje aguerrido y pulcro. En dicho artículo, el marqués se muestra beligerante en su anti-comunismo y plenamente militante en su catolicismo. El fascismo era para Riva Agüero el espacio y el arma más adecuados para defender el catolicismo y para derrotar al comunismo “bolchevizonte”. Desde el inicio de su artículo, Riva Agüero marcaría sin ambages su posición:

No hay en la actualidad espectáculo más importante y provechoso que el nacimiento y la consolidación de las doctrinas de la Nueva Derecha, cuya influencia se extiende ya a casi todos los países del Mundo. Es innegable lo que tantas veces proclamamos ante la estupefacción de la ignorancia, el laxo escepticismo de los pseudo moderados, y el cómico espanto de los izquierdistas: prevalece, en las ideas y en los hechos, una revolución que es precisamente la contra-revolución anhelada.

El historiador limeño describe encomiásticamente a Mussolini (patriota, decidido, culto): “Muy lejos de ser Mussolini un caudillo ayuno en letras, ignaro a la sudamericana, es un autodidacto de vastísima lectura, de nutrida y variada ilustración, un escritor y orador de relieve de robusto, personal e inconfundible estilo”. Igualmente, resumía entusiasmado sus propósitos: “...curándose de los últimos resabios de su izquierdismo, elogiaba la altura y probidad de la Derecha Antigua, impugnaba el federalismo, y reconocía la necesidad de la institución monárquica”; y, lo que no es poco, repitiendo al mismo Duce, remarca que devolvió a los italianos “el respeto a la Religión”. En resumen: “El

Estado Fascista es ético, católico (no obstante muy pasajeras discrepancias sobre las atribuciones en educación juvenil), totalitario e imperial”. Es decir, todo lo que el limeño quería para el Perú. Más adelante, cuando describe la lucha del fascismo contra el marxismo sus palabras adquieren un tono de reconvención y de lógica orgullosa:

Comprendieron casi todos que el otro término de la alternativa era fatalmente el bolchevismo. Los milicianos compactos infundieron respeto a las pandillas subversivas. Las clases populares, y mayormente las agrarias, sabían por experiencia que el sistema musoliniano les garantizaba protección y prosperidad, mientras los agitadores maximalistas engendraban huelgas, desocupación y famélica anarquía. La clase media, que en otros tiempos, por culpa de la incoherencia de ideas y la debilidad en sus directores, se disfrazaba de socialista, suministraba ahora los más sólidos cuadros de las camisas negras. De otro lado, los mejores hombres de estudio en Italia no se sintieron aquejados del prurito demoledor que ha arruinado a los fatuos intelectuales y ateneístas españoles.

No queda ninguna duda de la admiración que sentía Riva Agüero por Mussolini y el fascismo; pero es evidente que cuando escribe sobre esos temas está pensando en el Perú, en la solución a los problemas que él advertía como amenazas: el avance de los bolcheviques, de los revolucionarios, del aprismo, del marxismo, y las grietas que estas fuerzas podían producir en el pensamiento católico. En otras palabras, la Italia de los camisas negras era el espejo en el cual se debía mirar nuestro país. Su texto es una invocación y advertencia a las élites gobernantes peruanas.<sup>2</sup>

Es curioso observar que Riva Agüero regresó al Perú para buscar la salvación en el extranjero. Se puede concluir que es algo definitivamente paradójico, pues pudo haberse quedado a vivir en Europa: no le faltaban recursos, era un hombre acaudalado y sus mejores amigos (Francisco y Ventura García Calderón), hacía años que se habían establecido en el Viejo Continente. Es posible decir que retornó al Perú porque siempre sintió que sus raíces estaban ahí, aun cuando su concepto de patria se circunscribía cada vez más a su entorno inmediato y, paradójicamente, a los muertos. Maurice Barres afirmaba que la patria es la tierra y los muertos. Es posible afirmar que aquí está la clave del carácter reaccionario del pensador social. Ante la incertidumbre del presente antepone la seguridad del pasado, el cual puede ser moldeado idealmente. Es cierto que estas ideas ya estaban presentes en la obra juvenil de

2 Un desarrollo más extenso al respecto se puede encontrar en Rivera (2015).

Riva Agüero, mas no constituían el meollo de su pensamiento: aún ocupaban un lugar periférico, pero después se ubicarían en un lugar central. Esta variación dramática en el orden de sus ideas daría forma a una nueva prelación de objetivos e intereses.

Sumamente ilustrativo es el hecho de que Riva Agüero muriera en un hotel mientras refaccionaba su emblemática casona de la calle Lártiga. Fue su último intento restaurador, que tampoco pudo ver realizado.

### ***Felipe Sassone (1884-1959): militante convencido del fascismo***

El caso antagónico de Riva Agüero fue el de su compañero generacional, el dramaturgo Felipe Sassone. Limeño como el marqués, partió muy joven a la aventura y se instaló precariamente en Europa, especialmente en España, país donde posteriormente adquiriría fama y prestigio, formando parte de su élite intelectual y artística. Sassone se fue del Perú por su propia voluntad, es decir, no fue un perseguido político ni un exiliado forzoso.

A diferencia de Riva Agüero, quien tenía una genealogía de origen hispánico instalada en el Perú desde los primeros años de la conquista, Sassone exhibía ascendencia italiana por parte paterna e hispánica por parte materna. En sentido estricto, a diferencia de Riva Agüero, Sassone no tenía raíces históricamente afincadas en el Perú, quizás ello explique su espíritu más cosmopolita (lo que también significa desarraigo); su propia biografía nos da cuenta de ello. Por esta razón, su desprendimiento físico del Perú le resultó más fácil, aunque ello no quiere decir que no se sintiera identificado con él, como reitera en diferentes oportunidades. Sassone era un peruano vinculado con el mundo. Espiritual e intelectualmente su personalidad se maceraba en el contacto con otras realidades, mientras el noble limeño cristalizaba su identidad peruana en el pasado, y desde ahí abrevaba en otras fuentes. El propio Sassone sostenía que tenía “la triple conciencia de mis tres patrias, como yo era, lo que sigo siendo; peruano, italiano, español” (Sassone 1958, 545). El escritor se iría desarraigando de a pocos. Su legitimidad y aplausos como dramaturgo los cosechó en el extranjero, y cuando visitaba el país llegaba con el aura del peruano exitoso en otras latitudes, quizás más exigentes.

Sassone vivió de cerca la guerra civil española, en una España que le había dado la oportunidad de desplegar su vocación y recabar reconocimiento social por ello. Y en su defensa de la patria que lo había adoptado (su “madre patria”, según decía) no vio nada más conveniente y apropiado que

apoyar el falangismo del “generalísimo” Francisco Franco. Quizás al lado de su identificación espontánea también puede percibirse algo de pragmatismo o de utilitarismo en su decisión. En Sassone no encontramos justificaciones estrictamente ideológicas que sostuvieran y explicaran su opción —como las encontramos en Riva Agüero—, pero sí consideraciones personales y culturales. Conoció de cerca a los líderes fascistas, y sus opiniones no dejan lugar a dudas. De cuando se enteró de la muerte de Benito Mussolini afirma que lo invadió “la tristeza de saber perdido para su patria a aquel gran hombre” (Sassone 1958, 545). Sassone conoció al Duce durante el tiempo que vivió en Italia, adonde fue como corresponsal del diario español *ABC* durante los años 20 con la misión de apoyar la causa fascista. Recuerda que habló con él “hasta tres veces”, y lo describe con admiración en la primera vez que lo vio en el cuarto del Mapamundi:

su cabeza redonda, de emperador romano; sus ojos inteligentes y penetrantes, dos balazos, y la sonrisa bondadosa que vagaba entre sus labios gordezuelos y sensuales, como un suave contraste con el mentón cuadrado y fuerte, prognático y voluntarioso. La primera vez le vi con todo un grupo de periodistas, a quienes había recibido una mañana en que hacía ejercicios de equitación; era diestro y audaz y yo pensé en *Incitatus*, el caballo de Calígula, sólo que el jinete tenía un aire apacible, aunque seguro y dominador. De cintura para arriba vestía una camiseta de seda, sobre la cual temblaba pendiente una cadenita de oro, una medalla piadosa (Sassone 1958, 549-550).

La tercera y última vez que estuvieron cara a cara, el Duce (“hombre genial”) se despidió con el brazo en alto. Sassone lo disculpa de los errores que no pudo evitar, como los de Hitler, más fuerte “pero mucho menos inteligente y menos valiente” (Sassone 1958, 550).

Sassone vivió de cerca la guerra civil española, en una España que le había otorgado prestigio y honores. Y en su defensa de la patria que lo había adoptado no vio nada más conveniente y apropiado que apoyar el fascismo de Franco (“el salvador y el renovador de España”). El dramaturgo también conoció personalmente a José Antonio Primo de Rivera, “de gloriosa recordación”, fundador de la Falange; inmediatamente, se puso a trabajar activamente en contra de la República. ¿Las razones?, dice el escritor peruano: “mi catolicidad, mi fervor religioso, como temía que España se quedase al fin sin Dios; mi espíritu aristocrático; pero lleno de caridad” (Sassone 1958, 518); además de su amor hacia el país de Cervantes, extensión de su sentimiento

por el Perú, según señala. Sassone se define como un monárquico sin dinastía y entiende que España es históricamente monárquica; el vínculo fundamental por el cual se sentía ligado a ella es el idioma, “que era la cifra de mi espíritu, en las costumbres y el carácter de mis connacionales, que se parecían a las de nuestros conquistadores” (Sassone 1958, 513).

Como se puede apreciar, Sassone expone justificaciones de carácter personal, incluso íntimas, sedimentadas antes de la irrupción del fascismo. Pero también puede suponerse que no apoyar a la Falange, y si ocurriese un eventual el triunfo de los republicanos, podía significar el riesgo de perder su *status* de privilegio en el mundo de las letras; es posible. Pero también es plausible entender que lo hacía por íntima convicción con las ideas fascistas, aunque de estas no hace referencia alguna. Por otra parte, Franco prometía orden, disciplina, fuerza: todo lo que lo hacía a los ojos de Sassone un modelo a seguir en nuestras tierras.

El escritor siempre apoyó los gobiernos autoritarios o dictatoriales que predominaron en la vida política peruana en el siglo XX; gobiernos que además de fuertes también fueron elitistas en cuanto a la orientación de las políticas de gobierno que implementaron: su idea de nación era una muy restringida; la ciudadanía amplia no era parte de su horizonte ideológico. Los beneficios con los que fue retribuido Sassone por su apoyo a dichos gobiernos son evidentes: lo premiaron con misiones diplomáticas o con apoyos pecuniarios. Aquí se puede percibir otro ejemplo del posible utilitarismo de Sassone.

A diferencia de Riva Agüero, Sassone buscó la salvación en el extranjero no solo intelectual o ideológicamente, sino también físicamente; la mayor parte de su vida transcurrió en el Viejo Continente. Pero ambos compartían su fe en las virtudes que a sus ojos conllevaba el fascismo. Mientras Riva Agüero era un ideólogo del mismo, Sassone era un militante convencido. Las cartas cursadas entre ambos así lo atestiguan, además de una profunda amistad y afinidad personal que los vinculaban.

### **Cartas que ilustran**

La primera carta que se conoce es del dramaturgo quien llena de elogios a Riva Agüero por su libro *Por la verdad, la tradición y la patria*, de 1937. En ella, Sassone felicita a su corresponsal por el prólogo escrito al libro de Carlos

Miró Quesada —también admirador de Mussolini—, *Problemas del mundo*: “Acabo de leer su prólogo a la obra de Miró Quesada, *Problemas del mundo*, y, aun me ha sabido a poco, y tan admirable me parece por la sustancia y por la forma, por la condición y por la doctrina, que no quiero callarle mi entusiasmo” ([Lima] 23 de febrero).<sup>3</sup>

Riva Agüero acepta complacido los términos de Sassone, a quien retribuye alabanzas: “La felicitación de usted por mi breve estudio sobre el Fascismo me halaga muy de veras. Siento y pienso en armonía hermanable con usted sobre este punto y los demás esenciales de la política contemporánea. Pocas veces lo he experimentado tan bien como hoy al escuchar por radio su tan brillante descripción del África española y sus reflexiones acerca de la guerra civil en que se afrontan nuestra civilización tradicional y la degradación comunista” (Lima, 25 de febrero de 1937).<sup>4</sup> En su respuesta, Sassone le pide que atienda a dos amigos suyos, profesores españoles ligados al franquismo: “Le llevan a usted esta carta, don Fernando Valls Taberner, profesor de universidad, y José Ibáñez Martín, profesor de Historia, enviados del Generalísimo Franco, misioneros de la buena, de la única España” (Santiago de Chile, 2 de diciembre de 1937).

El pedido fue cumplido con creces por el historiador limeño, quien vio además una oportunidad para estrechar lazos con el franquismo que podían redituarse políticamente a su campaña en el Perú: “Me he esforzado en contribuir a crearles ambiente; y creo que lo hemos conseguido. El beneficio neto ha sido para nosotros, los nacionalistas peruanos, pues era muy necesaria esta afirmación de solidaridad derechista. Ausente usted que tanto ha hecho por prepararla, estaba todavía más sordo e inerte el medio; y no ha sido poco trabajo el reanimarlo. Quiera Dios que la impresión no sea fugaz. Pero como nuestros hermanos los criollos son oportunistas y se precipitan siempre en auxilio del vencedor confío en que la nueva y aplastante victoria de Teruel los confirmará en sus actitudes recientes; y ya no han de atribuir ni los más cretinos a extravagancia mía esta campaña, hispánofila y franquista, imprescindible para nuestra salvación” (Lima, 4 de enero de 1938).

Entre otras cosas, en estas misivas aflora otro rasgo distintivo del pensamiento fascista de los intelectuales peruanos: la impronta elitista. En efecto, el elitismo es un elemento común en estos dos pensadores sociales

3 Las cartas acá analizadas han sido publicadas por el Instituto Riva Agüero en Riva Agüero (2013, 423-427).

4 Las cartas se hallan en Riva Agüero (2013).



de inicios del siglo XX. Expresivo de ello es la mención de Riva Agüero con respecto al mural de Diego Rivera y su alusión a José Vasconcelos: “Otra buena noticia, casi tanto como la de Teruel y la supresión de la embajada azteca, es que con los temblores se les han rajado en Cuernavaca los frescos con que el canalla de Diego Ribera ha infamado la genuina tradición mexicana y ha procurado ridiculizar a mi querido amigo Vasconcelos” (Lima, 4 de enero de 1938). Es decir, lo popular, lo masivo, la impronta multitudinaria, incluso la desproporción estética, eran características que descartaban de plano, aunque sean signos propios de los nuevos tiempos en los que no lograban sentirse cómodos. Por esta razón, Billinghurst, el APRA o el comunismo, eran vistos como pervertidores del recato, de la honorabilidad, del buen gusto y de la primacía de los instintos en detrimento de los ideales. No obstante estas aprensiones, ambos apoyaron a gobiernos militares que muy lejos estaban de expresar aquellos valores que enaltecían. Es posible que los vieran como necesarios aunque provisionales para restaurar un orden ideal que en la realidad nunca existió. En tal sentido, sus modelos estaban en el occidente europeo, es decir, en el extranjero, a donde dirigían sus miradas con la esperanza de encontrar raíces para sus apuestas políticas e ideológicas.

Es curioso, pero Riva Agüero, viviendo en el Perú, a excepción de cuando fue forzado a salir del país, definía a nuestra literatura como colonial, como satélite de la que se producía en España; y Sassone, viviendo prácticamente toda su vida en Europa reconocía, aunque solo en parte, una herencia literaria genuinamente peruana, encarnada en el tradicionista Ricardo Palma, aunque, por otra parte —hay que decirlo— en sus memorias no aparecen reivindicados otros autores fundamentales de nuestras letras como Abraham Valdelomar, César Vallejo o José María Eguren, por ejemplo. De esta manera, pasado y exotismo se anudan en las propuestas de estos dos pensadores sociales, dando como resultado una evidente incomprensión con el presente y la angustiante búsqueda de refugio fuera de lo nacional. Incluso Palma, el prototipo de escritor peruano, es leído por nuestros personajes como fuente con el objetivo de revalorar el pasado, y de encontrar las raíces de la tradición, de lo que alguna vez fue (aunque sea imaginariamente). He aquí el sentido reaccionario del Riva Agüero confeso, por ejemplo.

Los años 40 trajó decepción nacional para nuestros pensadores sociales analizados:

Después de las elecciones de 1939, donde resultó elegido Manuel Prado Ugarteche, los sectores dominantes tuvieron que guardarse su discurso fascista, pues Japón, el 7 de diciembre de 1941, atacaba Pearl Harbor (base estadounidense instalada en Hawái), provocando la intervención de EE. UU. en la ya iniciada segunda guerra mundial. Se tiene que tener en cuenta que Manuel Prado Ugarteche representaba a la naciente burguesía nacional vinculada con el desarrollo industrial, motivo por el cual recibía el apoyo del APRA y el Partido Comunista [...] formando un frente antifascista contra la candidatura de José Quesada del Frente Patriótico (donde también se encontraba la Unión Revolucionaria), representando a los sectores más reaccionarios de la denominada ‘vieja oligarquía nacional’ (Mendieta Pérez, 2013: 3).

Los camisas negras peruanas llegaron a encender las calles por un momento, pero pronto se apagarían sus brillos. Así, el fascismo en el Perú que quiso ser un movimiento de masas terminó siendo un refugio de intelectuales decepcionados, incluso con su propia clase. Finalmente, con la tragedia y carnicería de la Segunda Guerra Mundial, quedaría desacreditada la idea fascista quedando reducida a su mínima expresión que tuvo poco aliento de vida.

### **Conclusiones sobre dos rutas al fascismo**

Como hemos visto en las páginas precedentes, José de la Riva Agüero recusaba a las masas pero apoyó al fascismo (quizás solo le incomodara un tipo de plebe: la multirracial del Perú). En Europa lo hizo porque las consideraba una fuerza capaz de enfrentar y detener el avance del comunismo ateo. En el Perú lo hizo porque a pesar de la multitud plebeya que lo sostenía, no solo había derrotado al aprismo insurgente, sino porque evaluaba que podía ser solo una estación necesaria pero transitoria para restaurar un tiempo que a su modo de ver fue mejor, aunque en verdad nunca existió en la vida republicana. Esta añorante forma de ver el pasado colocaba al marqués en una posición rememorativa de la colonia; la república tenía poco bueno que mostrar a sus ojos. En Riva Agüero el pasadismo es necesariamente colonialismo.

Por su parte, Felipe Sassone no creía, como sí lo hacía Riva Agüero, que el fascismo retornaría a un pasado ideal. Más bien, lo entendía como un proyecto con futuro. No pretendía que se llevara a cabo una “revolución restauradora”, sino una “reacción renovadora”, aunque los términos sean contradictorios entre sí. Quizás en el fondo de las palabras exista una aspiración no dicha de un Perú sin tanta variación cromática: un país de criollos occidentalizados. Es

cierto que Riva Agüero aceptaba —desde sus primeros escritos— que los indígenas eran una presencia que no se podía ignorar en la vida social peruana, pero para Sassone este contingente prácticamente no existe en sus reflexiones. Si así fuera el caso y se alcanzara dicho anhelo, el de la aspiración a un país homogéneo racial y culturalmente, quedaría un problema crucial para las élites: ¿quiénes darían “la sangre y el músculo” a la nación, según propias palabras de Riva Agüero? Esta es una contradicción que no pudieron resolver los intelectuales orgánicos de las élites y a la que buscaron encontrar salidas como el mestizaje sin conflicto o el apoyo al caudillo necesario, renunciando por ello al gobierno de la inteligencia. De este modo, el fascismo ofrecía a los intelectuales un espejo idealizado desde Europa, pero la realidad peruana los colocaba en una posición periférica respecto de sus propios deseos: en verdad otros decidirían; otros tendrían el poder.

Desde lejos y desde afuera, Sassone; cercano y desde adentro, Riva Agüero: ambos buscaron la salvación en el extranjero para aliviar su decepción, desubicación y quizás hasta su falta de identificación con el Perú, según sea el caso. Los caminos seguidos por cada uno de estos intelectuales no fueron idénticos; sus razones fueron diferentes, aunque sí convergentes. En el dramaturgo percibimos su razón fascista en la identificación con valores culturales (hispanismo, monarquismo, catolicismo) y en la admiración personal que profesó a los líderes fascistas; en el historiador observamos su necesidad de elaborar un proyecto ideológico más definido (autoridad, orden, elitismo, pasadismo, anti-comunismo) para tomarlo como base para disputar el poder, aunque sostenido en aquellos mismos valores defendidos por Sassone.

Buscar la salvación en el extranjero implica fuga —consciente o inconsciente, física o espiritual— del intelectual con respecto de su país. Buscar y adherir a modelos (que al fin y al cabo son solo eso), ya aplicados o simplemente imaginados en otras realidades, lleva inherente la confesión de no poder entender la realidad de su propio país. Esta fuga por parte del intelectual implica la necesidad de escapar del desasosiego que le produce su país al que evalúa en términos negativos, sea por sus propias características que no se acercan a lo ideado o imaginado, o también porque el lugar protagónico que ha buscado ocupar no existe debido a las transformaciones ocurridas por la vorágine social, a las cuales no llega a entender y a las que se ve incapaz de controlar.

En el Perú, el pensamiento conservador o reaccionario, luego de la propuesta reformista ofrecida por sus mejores pensadores en los inicios del siglo

XX, quedó a la deriva e incapaz de ofrecer explicaciones de la vida social y, menos aún, de proyectar una comunidad imaginada socialmente aceptada. La derecha no solo perdió a sus intelectuales, sino que tampoco produjo a otros nuevos que tomaran la posta como sus intelectuales orgánicos. Los que surgieron optaron por una de las siguientes tres opciones: i) tornar a ideas reaccionarias, lo que bloqueaba una lectura crítica de la realidad social; ii) abandonar el debate público, lo que implicaba un aislamiento que impedía la construcción de un campo intelectual; y iii) adoptar las ideas menos liberales y reformadoras de sus maestros, produciendo una lectura siempre condescendiente de los llamados “valores nacionales”.

En cualquiera de las tres alternativas mencionadas, el intelectual acepta su fracaso ante la necesidad de comprender un país en constante cambio en diferentes áreas de la vida social: la política, la cultura, la intelectual, la económica, y otras. Es posible que los intelectuales que buscan la salvación en el extranjero más que expresar su admiración por lo foráneo están confesando el abandono de todo esfuerzo por entender su propia realidad. El fascismo, al menos en los dos casos que hemos tratado en este artículo, constituyó esa tabla de salvación que necesitaban los intelectuales que reformistas cuando jóvenes devinieron conservadores, o reaccionarios simplemente, ya en su etapa de madurez.

## Referencias bibliográficas

- Coser, Lewis A. 1966. *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Hernández, M. 1993. *Memoria del bien perdido. Conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega*. Lima: IEP, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- López Soria, J. I. 1981. *El pensamiento fascista (1930-1945)*. Lima: Mosca Azul Editores.
- Mariátegui, J. C. 1925. Los nuevos aspectos de la batalla fascista. *La escena contemporánea*. Lima: Editorial Minerva. [https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/la\\_escena\\_contemporanea/paginas/los%20nuevos%20aspectos.htm](https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/la_escena_contemporanea/paginas/los%20nuevos%20aspectos.htm).
- Medieta Pérez, M. I. 2013. La influencia del fascismo en el Perú: un acercamiento historiográfico. *Nueva corónica*, 1.
- Molinari Morales, T. 2009. *El fascismo en el Perú. La Unión Revolucionaria 1931-1936*. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM.
- Molinari Morales, T. 2017. *Dictadura, cultura autoritaria y conflicto político en el Perú (1936-1939)*. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM.
- Riva Agüero, J. 2013. *Obras completas. Epistolario. Saavedra-Soriano* (t. XXIII). Lima: Instituto Riva Agüero-Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Riva Agüero, J. 1937/38. *Profesión de fe y retractación de errores. Discurso en el Colegio de la Recoleta (1932). Por la verdad, la tradición y la patria. Opúsculos* (v. I). Lima: Imprenta Torres Aguirre.
- Riva Agüero, J. 1937. Origen, desarrollo e influencia del Fascismo. *Revista de la Universidad Católica del Perú* (incluido en *Por la verdad, la tradición y la patria. Opúsculos* (v. I). <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/bitstream/handle/123456789/53070/origen%2C%20desarrollo%20e%20influencia%20del%20fascismo.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.
- Rivera, V. S. 2015. Conculcación de 1789. *Revista de la Universidad Católica del Perú* (1932-1944), 23 (51). [http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0120-12632015000200005](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-12632015000200005).
- Sánchez, L. A. 1985. *Conservador, no, reaccionario, sí. Notas sobre la vida, obra y proyecciones de don José de la Riva Agüero y Osma, marqués de Montealegre y Aulestia (26/III/1885-25/VI/1944) seguidas de su correspondencia con el autor*. Lima: Mosca Azul Editores.
- Sassone, F. 1958. *La rueda de mi fortuna*. Madrid: Aguilar Ediciones.
- López Soncco, N. 2016. José de la Riva Agüero y la Guerra Civil Española: dos momentos en su pensamiento político. *Pacarina del Sur*, 26 (7). <http://pacarinadelsur.com/>

home/figuras-e-ideas/1268-jose-de-la-riva-aguero-y-la-guerra-civil-espanola-dos-momentos-en-su-pensamiento-politico..

Villariás Robles, J. 1998. El intelectual liberal vuelto fascista: el caso de José de la Riva Agüero y el fascismo peruano. En Huertas, R. y Ortiz, C. (Eds.). *Ciencia y fascismo*. Madrid: Doce Calles.